

El 8 de diciembre de 2005 se cumplieron 40 años de la solemne clausura del Concilio Vaticano II. Su Santidad el Papa Benedicto XVI, proponía, en esa ocasión, una “relectura” de los documentos conciliares. Es bueno que sigamos la indicación del Santo Padre. Hace falta volver a los documentos conciliares, que conservan una sorprendente actualidad aún hoy. Nosotros, en nuestra Iglesia que vive en Cuba, hemos tratado de ser fieles al espíritu del Concilio a lo largo de todos estos años, aunque en verdad, tanto entre nosotros como a nivel mundial, los documentos conciliares no son muy conocidos por las generaciones actuales, que quizás vivan, sin saberlo, del espíritu emanado de ellos que aún perdura.

Hagamos un poco de Historia: hubo todo un proceso de estudio serio, de vivencia participativa y dinámica del espíritu del Concilio. Recuerdo durante los años de 1963 a 1965 y después, cómo, con nuestros muy primitivos, obsoletos y elementales órganos de difusión de aquella época, con un colosal y meritorio esfuerzo, se hacían llegar los documentos conciliares a nuestras comunidades parroquiales de entonces.



A penas tres años después de concluido el Concilio, en 1968, tenía lugar en Medellín, Colombia, la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano con su clara y, a menudo, mal interpretada “opción por los pobres”, con sus inquietudes sociales, con su deseo de hacer llegar el evangelio de Jesucristo a los más pobres y olvidados en nuestros pueblos. Pero hubo tensiones, tergiversaciones e “interpretaciones suspicaces”. Fueron los años de radicales y horizontales posiciones de izquierda, que en el afán de resolver las reales injusticias sociales padecidas en el continente, soslayaron y pusieron “entre paréntesis” la fundamental, esencial y trascendental misión de la Iglesia: anunciar el Reino de Dios que no se identifica con ninguna estructura social económica o política de este mundo. Surgieron las así llamadas “teologías de la liberación”...

Y pasaron 10 años y llegó Puebla: la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano, convocada por S.S. Juan Pablo II. Era el mes de enero de 1979. Entonces el Papa daba una clara pista de reflexión: “la verdad sobre Cristo, la Iglesia y el hombre”. Hubo una delegación cubana que asistió a Puebla: Obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. Y volvieron de Puebla con el documento final programático: “La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina”.

Y comenzamos a “bajar” Puebla a las comunidades. Pero aquel lenguaje, aquellos presupuestos, aquel talante social, económico y político que servía como “telón de fondo” a todo el documento no cuadraba a nuestra realidad concreta. Cuba vivía una realidad muy peculiar y específica, que la distinguía del resto de los países del continente latinoamericano.

En una convivencia sacerdotal del verano de 1979, en el Cobre, surgió la idea de un Encuentro Nacional Eclesial Cubano, calificada por su mismo autor como “quijotada”. Fue Mons. Fernando Azcárate y Freyre de Andrade S.J., Obispo Auxiliar de La Habana, quien propuso entonces hacer lo que él llamó “un Pueblita cubano”. La idea “prendió” y comenzó, a nivel nacional, un proceso de aproximadamente cinco años que se tituló Reflexión Eclesial Cubana (R.E.C.).

Las comunidades, aún las más pequeñas y humildes fueron consultadas y todo este trabajo de reflexión se fue recopilando y sistematizando por materias y así surgió el Documento de Trabajo de lo que se llamó Encuentro Nacional Eclesial Cubano, (E.N.E.C.) celebrado en la Casa Sacerdotal P. Félix Varela en La Habana del 17 al 23 de febrero de 1986.

Siguiendo nuestro recuento histórico llegamos al Documento Final del E.N.E.C., editado casi un año después y que ahora se piensa reeditar de nuevo para ponerlo al alcance de los católicos cubanos de hoy, veinte años después. Esto es necesario, pues el 75% de la composición de nuestras comunidades actuales, son personas que no llevan más de 5 años en la Iglesia, y por lo tanto, no conocen qué es o qué fue el E.N.E.C.

En el referido Documento Final se optaba, fundamentalmente, por una Iglesia EVANGELIZADORA, ORANTE Y ENCARNADA. Partiendo de Jesucristo, el enviado por el Padre para salvar a los hombres, somos enviados por Él. Como nos dice acertadamente el papa Pablo VI en su exhortación apostólica Evangelii Nuntiandi fechada el 8 de diciembre de 1975 y que ha sido fuente inagotable de inspiración para el quehacer de la Iglesia: vamos “de Cristo evangelizador a la Iglesia evangelizadora”. “Nosotros queremos confirmar una vez más que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia” (Declaración de los Padres Sinodales, 26 de octubre de 1974. Sínodo de los Obispos sobre la evangelización del mundo contemporáneo).

Esta constante de la Evangelización-Misión aparece reiteradas veces en los documentos eclesiales, tanto en los de la Iglesia que vive en Cuba como en los de carácter universal. En el mensaje final del E.N.E.C. leemos: “Queremos ser: Una Iglesia Misionera: que escucha con renovado empeño la voz de su Maestro que la llama a los confines de la tierra y la envía a predicar a todos. Iglesia que, en razón de su misión, establece con todos un diálogo ‘que nace en el silencio, madura en la Cruz y se expresa en la alegría Pascual’; consciente de que Dios es el Padre común, y su Señor, el Hermano Universal... Segura de que ‘el Espíritu sopla donde quiere’.

Esta Misión exige de nosotros un esfuerzo de organización y de eficacia, eficacia que brota, no de las solas fuerzas humanas, sino del constante recurrir a la oración. Esta Misión la cumplimos con un estilo renovado y audaz de presencia entre los hombres y de acción pastoral, en unidad pluriforme dentro del marco de la participación consecuente y de la responsabilidad actuante”.

No olvidamos las palabras del Papa Juan Pablo II a los Obispos latinoamericanos reunidos en Haití, en marzo de 1983 al entregarles la cruz conmemorativa de los 500 años de la evangelización de América Latina y que iniciaba su recorrido por los países del continente y nuestras islas del Caribe, para culminar en la celebración de este acontecimiento evangelizador en octubre de 1992 al celebrarse en Santo Domingo la Cuarta Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. En aquella ocasión, el Papa les dijo que había que emprender una nueva evangelización en América Latina: “Nueva en su ardor, nueva en sus métodos, nueva en su expresión”. En Santo Domingo vimos reflejados muchos de los contenidos de nuestro Documento Final del E.N.E.C.: “Nueva Evangelización, Promoción Humana, Cultura Cristiana”.

A los 10 años del E.N.E.C. se celebró, en febrero de 1996, el Encuentro Conmemorativo que se llamó ECO y que el Papa Juan Pablo II calificó de “un segundo E.N.E.C.” Ya desde entonces vienen haciéndose Planes Globales de Pastoral por un quinquenio. En febrero comenzaremos el tercer Plan Global 2006-2010. En todos la dimensión misionera ha estado muy presente y nuestra Arquidiócesis de La Habana ha escogido como una de las prioridades “la misión”. Fiel exponente de esto último es el siempre creciente número de “casas misión” en nuestra arquidiócesis y en las demás diócesis del país.

Quiera Dios que el nuevo Plan Global de Pastoral, que sigue la mejor tradición de nuestro E.N.E.C. pueda “fortalecer el espíritu misionero en personas y comunidades para anunciar a Jesucristo y comprometerse en la edificación de su Reino con renovado ardor, creatividad y audacia”.

Para agradable y fecunda sorpresa, nos encontramos con la noticia de la próxima celebración de la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, convocada por S.S. Benedicto XVI para celebrarse en Aparecida, Brasil, el próximo año 2007, y que formula como lema “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida”. “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn.14,6).

Como preparación inmediata a esta V Conferencia se plantea una gigantesca Misión Continental. Afortunadamente, estamos bajo el soplo del Espíritu Santo. Sigamos su inspiración y unidos a nuestros hermanos de todo el continente Latinoamericano y a nuestros vecinos caribeños sigamos este impulso misionero que nos identifica como Iglesia y garantiza la fidelidad a la voluntad salvífica universal del Padre que envió a su Hijo al mundo no para condenarlo, sino para que se salve por Él.